basílica de San Clemente de Roma, que, aunque data de los siglos XI ó XII, ofrece, en la prodigiosa armonía de todas sus partes, el modelo de la basílica Constantiniana, como puede asegurarse al contemplar la basílica primitiva recientemente descubierta debajo de la moderna.

Explicación del plano:

A. Narthecio exterior, ó sea el primer vestíbulo, destinado á separar la iglesia del bullicio de la calle. Estación de los que lloran.

B. Narthecio interior, *ó pronaos*, vestíbulo interior. Estación de los oyentes, que, con los catecúmenos, los energúmenos, los Judíos y los gentiles, no podían entrar en la iglesia más que para oir el sermón.

C. *Naos*, nave principal. Los penitentes llamados *prosternados* y *consistentes*, podían permanecer allí, pero sin participar de los santos misterios (véase el artículo *Penitencia canónica*).

D. E. Pequeñas naves preparadas para la separación de los dos sexos.

F. F. Ambones para las lecturas y los sermones.

G. Sitio de los clérigos menores y de los chantres.

H. Verjas de separación.

I. I. Santuario reservado á los sacerdotes y á los diáconos, ordinariamente cerrado por cortinas (véase el artículo *Velos* y *mamparas*).

L. Altar.

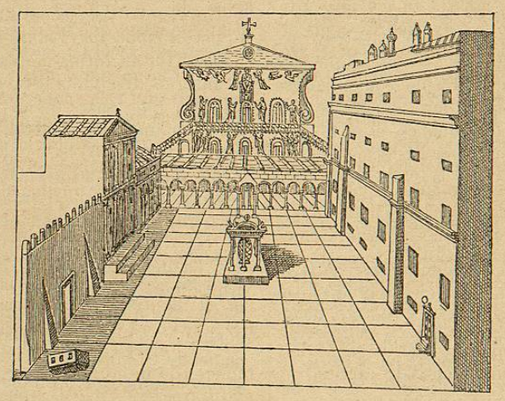
M. Cátedra episcopal (véase el artículo *Cátedra*).

N. Asientos de los sacerdotes (véase ibíd.).

O. P. *Diaconicum*, donde los diáconos conservaban los utensilios sagrados, y *gazophylacium*, para depositar las ofrendas de los fieles (véanse estas dos palabras).

VI. En Roma es donde conviene buscar especialmente las basílicas primitivas; en ninguna otra parte se encuentran en tan gran número. En otro tiempo había una iglesia en cada una de las catorce vías romanas. El tiempo, las invasiones de los bárbaros, principalmente la ocupación de los Lombardos, las han destruído casi todas. Hoy la Flaminia, la antigua y la nueva Salaria, la Prenestina y la Ardeatina, apenas conservan algunos vestigios de las suyas. Las otras nueve, la Nomentana y la Tiburtina, la Lavicana, la Latina y la Apia, la de Ostia, la de Porto, la Aurelia y la Cornelia, conservan, casi con sus formas primitivas, las basílicas de Santa Inés y de San Lorenzo, y con formas casi completamente renovadas, las de los Santos Marcelino y Pedro, de San Sebastián, la de San Pablo, fuera de los muros, y la de San Pedro en el Vaticano.

Las basílicas llamadas Constantinianas, porque pasan por haber sido fundadas por Constantino el Grande, son en Roma en número de siete: San Juan de Letrán, San Pedro en el Vaticano, San Pablo, extramuros, Santa Cruz en Jerusalén, Santa Inés sobre la Vía Nomentana, San Lorenzo *in agro Verano*; por último, los Santos Marcelino y Pedro, *inter duas lauros* (Carletti. *Chiesa di S. Silvestro in capite*, pág. 51, not.). Ciampini atribuye á Constantino otras muchas (*De sacris aedific. a Constantino M. constructis*). Constantino fundó en Jerusalén la basílica del Santo Sepulcro ó de la Resurrección del Salvador, llamada *Martyrion*, y en Belén la de la Natividad, y en el monte de las Olivas la de la Ascensión. Eusebio (*Vita Constantin.*, III, 53) le atribuye la construcción de una cuarta iglesia en Palestina, en el valle de Mambré, *ad quercum Mambre*, lugar que había habitado Abraham. Según Nicéforo (VII, 49), este príncipe construyó en Constantinopla tres grandes basílicas: la de Santa Sofía, Αγίας Σοφίας, la de Santa Irene, Αγίας Ειρηνης, la de Santa Dinamis ó Santa Virtud, Αγίας Δυνάμεως. Pueden aumentarse la de los Apóstoles, bajo cuyo vestíbulo quiso Constantino ser sepultado (Euseb. *Vit. Const.*, IV, 58 seqq.), y otras varias de menor importancia.



Terminamos este artículo dando aquí el grabado que representa la fachada de la siempre llorada basílica Constantiniana del Vaticano, tal como estaba todavía en el siglo XVI, antes de la construcción del actual San Pedro.

BASTÓN (SU USO EN LA LITURGIA). — Los más antiguos rituales y sacramentarios hacen mención de una curiosa costumbre de la primitiva Iglesia, costumbre cuyo sentido no se comprendería sin alguna, siquiera concisa, explicación. Esos libros dicen que en el acto de la misa, al empezar la lectura del Evangelio, todos los fieles sueltan los bastones que llevan

en la mano: *Dum Evangelium legitur*, *baculi de manibus deponuntur* (Honor. Augustod. *Gem. anim.*, I, 24.—Amalar. *De offic. eccles.*, III, 18.—Martène. *De antiq. Eccl. rit.*, lib. I, cap. IV, art. 5). Esto supone que los fieles asistían al oficio divino con un bastón en la mano, y en efecto, sabemos que esa era la antigua costumbre en la Iglesia.

De esa costumbre se dan diversas razones, autorizadas todas, á nuestro juicio. La primera se funda en la necesidad física. Sabemos, efectivamente, que los primeros cristianos se ponían de pie para orar, sobre todo en los lugares santos. Puede citarse á este propósito el canon 20 del Concilio de Nicea. Baronio ha hecho público este punto de disciplina primitiva (*Ad an.* XXIII, 109, y CCCXXV, 115), y nosotros remitimos al lector á nuestro artículo *Súplica*, donde la cuestión se ha tratado con la extensión debida. Las funciones sagradas se prolongaban á veces muchas horas, porque, además de la celebración de la liturgia, había las homilías y otros preceptos ordenados por los obispos (véase el artículo *Predicación*). Compréndese que la duración de estos oficios debía ser molesta para los fieles, principalmente para los ancianos, y que debían procurarse algún descanso apoyándose en un bastón, y la benevolencia de la Iglesia toleró esta costumbre. En segundo lugar, el bastón, en virtud del puño horizontal que de ordinario lo corona, habiendo sido mirado en los primeros tiempos y considerado por los Padres como el símbolo de la cruz (Augustin., serm. CVII. *De temp.*), era natural que los cristianos lo usaran durante la celebración de los santos misterios en memoria de la Pasión y de la redención del Salvador.

La tercera razón que se asigna á la citada costumbre, es más plausible aún. Es una causa completamente mística procedente de las analogías de la nueva ley con la ley antigua. Como para la manducación del cordero pascual del Antiguo Testamento se dispuso que los Hebreos tuvieran un bastón en la mano (*Exod.*, XII, 11), los discípulos de Cristo debían imitar este rito cuando se disponían á comer la carne del nuevo y verdadero Cordero en la Eucaristía.

BAUTISMO. — I. *Alegorías relativas al bautismo.*—Los arqueólogos advierten, en cierto número de asuntos figurados, ya en pinturas, ya en bajos relieves en los monumentos cristianos de las catacumbas, así como en las tumbas en general, alusiones más ó menos directas al bautismo, y, por consiguiente, al cristianismo de los que en ellas descansan; y sus opiniones en este particular se fundan siempre en la armonía de los textos más claros con esas diversas representaciones. Citaremos las principales de esas alegorías.

1.° El diluvio. «Era una figura, dice San Pedro (I Petr., III, 21), á la cual corresponde hoy el bautismo.» Y cuando Filón dice (*De vit. Mos.*, l. II, vers. fin.) que Noé era «jefe de una nueva generación», tuvo probablemente, según Grocio (*In. c.* III, *Epist.*, I, *Petr.*, V, 21), intención de indicar la misma cosa. Las representaciones de Noé en el arca son innumerables en nuestros monumentos primitivos (véase el artículo *Noé*).

2.° El paso del mar Rojo, figurado en varios sarcófagos (Aringhi, I, 331) y en los mosáicos, entre los cuales se cuenta en primer término el de Santa María la Mayor (Ciamp. *Vet. mon.*, I, tab. LIX). Los escritores sagrados que han visto en este acontecimiento la figura del bautismo (Sedul., l. I, *De sicco mari.*— Greg. Naz. *Orat.* XXXIX.—Prosper. *De pro miss.*, pars. I, c. 38.—Aug. *Serm.* CCCLII.—Beda. *Quæst. sup Exod.*, XX), se han fundado en este pasaje de San Pablo (1 *Cor.*, X, 2): «Nuestros padres han sido bautizados todos según el sistema de Moisés, en el aire y en el agua.»

3.° El agua que brota de la roca bajo la vara de Moisés (Bottari, XL, *passim*) es también, según San Jerónimo (*In Isai.*, XLVIII), San Agustín (Serm. 352) y San Isidoro de Sevilla (*In Gen.*, XXII), una figura del bautismo.

4.° La historia de la Samaritana (Bott., LXVI *et alibi*). San Epifanio (*Hæres.*, LV) dice que Nuestro Señor tenía á la vista el bautismo en las palabras que dirigió á aquella mujer: «El agua que yo le daré, lo convertirá en una fuente de agua que brotará hasta la vida eterna.» (Joan., IV, 14.)

5.° El agua del Jordán, santificada por el bautismo del Salvador (Aringhi, I, 381, II, 395). Pueden citarse aquí á Orígenes (*Homil.*, XLIV), San Gregorio de Nissa (*De bapt. Christ.* Opp., t. III, pág. 375, ed. Morel) y otros.

6.° Se nota la misma idea en la palmera, que es el símbolo de la victoria conseguida por el cristiano bautizado, sobre los poderes invisibles, y en el fénix, símbolo de la resurrección, y aquí del renacimiento espiritual por el bautismo (S. Clement. *Epist.* I, *ad Cor.*, XXV). (Véase el artículo *Fénix*.)

7.° El ciervo que se ve representado en gran número de monumentos, y sobre todo en las pinturas ó bajos relieves referentes al bautismo, como en el bautisterio de Ponciano, así como en ciertas pilas bautismales (Paciaud. *De baln.*, página 137), es el símbolo del catecúmeno animado del gran deseo de recibir el bautismo.

8.° Alton, explicando un jeroglífico bautismal (véase Polidori, *Pesce*), habla de la figura de un niño colocado sobre un pez. El niño es el bautizado, el pez es Cristo, de quien el obispo Orencio ha dicho en su *Commonitorium* (Ap. Munster, *Symb.*, I, pág. 19): *Piscis natus aquis, auctor baptimatis ipse est* (S. Hieron. *In psal*, XLI). (Véanse los artículos *Paso del mar Rojo*, *Moisés hiriendo la roca*, *Samaritana*, *Ciervo*, y aun *Caná*.)